

RESEÑAS

Carmagnani, Marcello, EL REGRESO DE LOS DIOS. EL PROCESO DE RECONSTITUCIÓN DE LA IDENTIDAD ÉTNICA EN OAXACA, SIGLOS XVII Y XVIII, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 263 páginas.

Los recientes enfoques historiográficos cuestionan la validez del concepto de "desestructuración" de las organizaciones sociopolíticas nativas o de sus sistemas simbólicos, cuando se lo utiliza para señalar procesos lineales de disolución de la etnicidad provocada por el impacto de la invasión española. Algunos trabajos innovadores tanto del campo de la antropología como de la historia se alejan de la oposición simplista que enfrenta y contraponen en polos separados a las dos repúblicas, presentando a las sociedades indígenas irremediadamente desarticuladas a partir del trauma inicial. Por el contrario, hoy se presta mayor atención a los vitales mecanismos de reorganización de las sociedades nativas una vez insertas y en constante interacción con el mundo colonial y republicano, y en especial a los complejos procesos de etnogénesis y mestizaje que permiten comprender mejor los problemas actuales de las sociedades latinoamericanas.

En este sentido, la obra de Marcello Carmagnani se halla profundamente enriquecida por las contribuciones de la antropología, lo cual le permite abordar las sociedades indígenas de Oaxaca desde una visión interior. El principal interrogante de su propuesta se relaciona con los procesos de reconstitución de las identidades entre zapotecos y mixtecos que lograron frenar a lo largo de los siglos XVII y XVIII la hispanización inicial.

Justamente, su análisis a largo plazo es la perspectiva más interesante del libro, pues a través de la dimensión diacrónica, que recorre del siglo XVI al XIX, puede observar momentos de colapso y de recomposición del universo simbólico oaxaqueño enfocando los elementos que constituyeron su etnicidad.

Carmagnani medirá las transformaciones de las identidades entre mixtecos y zapotecos en función de las variaciones en la conformación de sus territorios étnicos.

Precisamente ese territorio cotidiano —que es histórico y no geográfico y a su vez diferente del administrativo-colonial— se estructuró y materializó en íntima relación con la concepción nativa del espacio. La idea de un espacio jerarquizado, divino y por lo tanto sagrado, basado en mitos locales, constituyó el fundamento simbólico de la identidad. Los grupos étnicos tenían a su cargo la organización y gestión de sus territorios a imagen del espacio divino y a su vez la renovación ritual de las alianzas con las divinidades que precisamente les habían cedido en usufructo el espacio terrenal. De esta forma, el universo simbólico fue un importante referente de los comportamientos económicos, sociales y políticos comunitarios, y Carmagnani le prestará una cuidadosa atención a lo largo de su obra. Conforme a ello, considera que la creación de una nueva cosmovisión compatible con el contexto colonial a lo largo del siglo

XVII se expresó en una nueva reorganización territorial, de modo tal que cualquier modificación sobre los recursos comunitarios podría afectar en forma directa la conformación de sus idoneidades.

Su análisis se remonta al siglo XVI con la desarticulación del mundo indígena por la invasión ibérica que, como bien señala el autor, fue percibida por la población nativa como un hecho "irreversible". Allí observa que si bien los agentes coloniales —doctrineros y funcionarios— afectaron la cosmovisión nativa, el nuevo orden implantado permitió simultáneamente la creativa recuperación de ciertos elementos de su memoria histórica, transmitidos por los códices y la tradición oral, que facilitaron su reformulación étnica con una lógica diferente a la prehispánica y compatible con el entorno colonial. Así identificó el autor ciertas prácticas rituales (ritos de caza, pesca, milpa, o para cargos políticos y mayordomías) a las que otorga el valor de signos o indicadores del comienzo de un largo proceso de recomposición de su cosmovisión que se consolidará a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Se revitalizó en el proceso ritual la vieja alianza con los dioses, que "regresaron" del pasado y legitimaron para la comunidad la nueva recomposición territorial. A mi juicio, caben en este punto algunas preguntas. ¿Pudieron superar el trauma de la conquista porque los dioses "volvieron" rescatados de su pasado nómada? ¿Se fueron en algún momento? ¿A qué grupo dentro de la multiétnica oaxaqueña hace referencia? ¿Hay un problema de disponibilidad de fuentes? Creo que Carmagnani pasó muy rápidamente por el siglo XVI hasta mediados del XVII, sin aclarar en el texto la red de intereses coloniales que afectaron localmente a la nueva sociedad.

Carmagnani considera que, por una parte, las comunidades oaxaqueñas seleccionaron elementos de un pasado nómada en el que aún no existían diferencias sociales. De ese recuerdo histórico recuperaron los antiguos y alejados lugares (cerros y cuevas) como centros ceremoniales para celebrar sus rituales, como también la concepción según la cual las comunidades —"los hijos de la tierra"— y no ya los viejos señores étnicos, tenían derechos sagrados sobre los recursos. Por la otra, de su pasado sedentario más reciente (fase de los señoríos) reafirmaron la concepción de un mundo divino jerárquicamente organizado al igual que su espacio y territorio (asentamientos), creando con todos estos elementos una nueva concepción de la territorialidad. Asimismo, el autor destaca una importante observación: que estos procesos de recomposición se vieron favorecidos por las normas jurídicas coloniales que otorgaron a las comunidades un amplio margen de autonomía para administrar sus territorios, sus conflictos y tensiones, favoreciendo su reproducción. Mientras antiguamente los linajes reales fueron los depositarios de la sacralidad y, por lo tanto, a ellos les pertenecía el territorio, a lo largo de los siglos XVII y XVIII pasaron a ser las comunidades las depositarias del derecho de usufructo. Paralelamente, se inició una lucha por la sustentación del poder y del control de recursos entre los sectores étnicos cooptados por el orden colonial y las comunidades. A su vez, desde la perspectiva del sistema político, el principio de herencia dio paso a la electividad de los cargos. La jerarquización territorial (cabecera, sujetos y barrios) y de autoridades elegidas (sistemas de cargos) permitió asimismo regular políticamente la unidad dentro de la diversidad pluriétnica, resolviendo la suma de tensiones comunitarias internas en oposición motivadas por la creciente diversidad social, o por el desequilibrio entre recursos y demografía o por la aspiración a los cargos comunitarios en expansión. Durante la fase de reformulación étnica, el territorio se caracterizó por su gran flexibilidad referida no solo a los procesos de fragmentación e integración territorial, sino también entre el nivel comunitario y las unidades domésticas. Esta última observación es muy interesante, pues Carmagnani destaca que esta característica refuerza la solidaridad y favorece la reproducción de la etnicidad. En efecto, hay ciertas instituciones

que si bien constituyeron una imposición colonial como las cajas de comunidad, las cofradías y las hermandades, pudieron atesorar importantes excedentes comunitarios a disposición de las autoridades étnicas. Bajo su gestión se hallaba el control e intercambio de recursos, factible frente a la ausencia de propiedad privada, y así también la regulación de la articulación mercantil con la sociedad mestiza-blanca y la defensa de los territorios frente al contexto colonial. Mientras las unidades domésticas entregaban mano de obra, dinero y bienes al nivel comunitario a cambio del usufructo de las parcelas, ese nivel prestaba su apoyo o respaldo a las unidades domésticas frente a las exacciones coloniales (préstamos con bajo interés, uso de parcelas de comunidad, etcétera).

Finalmente, Carmagnani plantea, al igual que Nancy Farriss en su estudio sobre los Mayas de Yucatán, una segunda conquista, aunque propone para Oaxaca diferentes motivaciones. No considera las reformas borbónicas y más tarde el comportamiento criollo como los que privaron de autonomía política y económica a las comunidades a favor de la minoría mestiza-blanca. Los territorios étnicos no se vieron tan amenazados en Oaxaca por esas medidas; solo después de la Independencia se afectó seriamente la flexibilidad en el manejo de los recursos al privatizarse los bienes comunitarios y de las cofradías. A partir de 1850, una legislación más represiva que la colonial controló directamente los territorios étnicos y su vida política y económica. Se sustentaba en la construcción de un poder militar que subordinó el grupo indígena al mestizo-blanco, asestándose un golpe drástico a sus identidades y a la idea de nación de tipo plural.

MERCEDES DEL RÍO

Roland Anrup, *EL TAITA Y EL TORO. EN TORNO A LA CONFIGURACIÓN PATRIARCAL DEL RÉGIMEN HACENDATARIO CUZQUEÑO*, Departamento de Historia, Universidad de Gotemburgo, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Estocolmo, 1990, 280 páginas.

Roland Anrup contribuye con este libro a dirigir la atención a una problemática que enfrentó la Reforma Agraria en la región andina del Perú, cuando se pasó del régimen de hacienda cerrada patronal a los nuevos sistemas de tenencia de la tierra. En Perú, como en otras partes de América Latina, algunos individuos y grupos del personal rural que habían estado subordinados al régimen hacendatario incurrieron en conductas aparentemente irracionales cuando se liberaron de ese poder. Algunos ex arrenderos o ex colonos pedían que volviese el hacendado, mientras otros depredaron inmuebles y sacrificaron animales muy finos que habían recibido junto con las haciendas expropiadas.

El autor explora una interpretación de estos acontecimientos enmarcándolos en el proceso más amplio de cambio social. Sostiene que en los cambios sociales “coexisten fenómenos de ruptura y fenómenos de continuidad” que interactúan recíprocamente. Sin profundizar lo suficiente en el fenómeno de “ruptura”, al que llama genéricamente “modernización” y caracteriza por el predominio de relaciones impersonales o económico-jurídicas, se interesa por el fenómeno de continuidad constituido por las relaciones deferenciales y las identificaciones afectivas de los colonos con sus patrones, heredadas socialmente y construidas en el colono durante toda su vida. Es esa dependencia adaptativa que se construyó en las estructuras psico-

lógicas más profundas la que, al interactuar con las capacidades necesarias para enfrentar la nueva situación, produjo fenómenos de acomodación y reacomodación que se manifestaron, por ejemplo, en conductas aparentemente irracionales.

Esa dependencia creada en el colono tiene una fuerte carga de ambivalencia cuya génesis necesita ser explicada, para lo cual el autor se dedica a mostrar la multiplicidad de elementos manipulativos no siempre conscientes que la generan y que Anrup centra en el poder del hacendado. Su foco de atención es, entonces, “el poder”, concebido como “una estructura de relaciones de disposición constantemente en tensión, en actividad [...] que se halla difundida y se manifiesta en cada una de sus relaciones parciales [de la estructura social] que resultan de un complejo retículo de distintas capacidades particulares y relativas”. Así, el autor sostiene una teoría dinámica e interactiva que se opone tanto a la concepción del poder como una cualidad personal, como a la concepción del poder emanado de instituciones o de algún centro de la estructura social.

Luego de los dos primeros capítulos dedicados al estado de las investigaciones sobre la hacienda andina, a la presentación de su teoría sobre el poder, a la problemática del libro y a las fuentes de datos recogidos en la región de Cuzco, dedica un tercer capítulo muy corto a lo que podríamos llamar variables estructurales e históricas que definen muy ligeramente las condiciones del medio geográfico, de la economía, de la organización social y de la población del hábitat donde se desarrolló la hacienda tradicional.

Expone luego en cinco capítulos las formas y medios del ejercicio del poder; tres de ellos (“Casa y choza”, “Capilla y carnaval” y “Castigo y calabozo”) son muy aclaratorios y ricos en material. No podemos decir lo mismo de los dos primeros de esta parte, “Patriarcalismo y Paternalismo” y “Padre y Patrón”, que resultan confusos y en los que falta una definición sobre los conceptos guía. La rica cosecha de datos resultado de las entrevistas a ex hacendados y a ex colonos da la profundidad prometida, mientras que el marco teórico no termina de definirse y queda oscilante y superficial. En el último capítulo, “Toro y tótem”, presenta un apretado conjunto de mitos y teoría psicoanalítica para explicar el sacrificio y el banquete ritual de toros padrillos en algunas haciendas expropiadas por la Reforma Agraria.

En general, la perspectiva teórica, sobre todo en lo que respecta a manejo de conceptos, sigue líneas muy indecisas. El caso más dramático se presenta con el concepto “gamonalismo”, con el que el autor no se decide ni a hacerle una crítica frontal, ni a superarlo, ni a enriquecerlo. Pero está ahí, siempre presente y dejado de lado sin dar explicaciones. Es verdad que el concepto, que designa la particularidad del poder del gran terrateniente en diversas zonas de América Latina, sufre de “regionalismo” y de otros “males”, como la falta de elaboración sobre el componente actitudinal y, por ende, sus aspectos psicológico y psicosocial.

El autor sigue una corriente más internacional y prefiere hablar de “patriarcalismo” y “paternalismo” sin preguntarse sobre la pertinencia de estos conceptos en la región, así como una vez habló de “feudalismo” sabiendo muy poco de feudalismo y de Latinoamérica; o tal vez los prefiere porque siguen siendo usados sobre todo por la psicología profunda, que el autor usará bastante arbitrariamente en su último capítulo; o quizá porque piensa que la metáfora lacaniana (la metáfora paterna, el Nombre —del— Padre, la deuda paterna-deuda simbólica, etc.) es un instrumento idóneo para el análisis de la relación hacendado-colono.

Anrup confirma su posición argumentando que los términos papay y taita (papá, papacito, padre mío) con los que los runas o colonos se referían al patrón, y los términos “hijo”, “hija” con que el patrón se dirigía a sus colonos, transformaban los conceptos de “patrón” y “co-

lono" y los proveía de un sentido de poder que solos no tenían. "La palabra —dice el autor— construye el sujeto y lo sitúa como 'padre', 'hijo' o 'hija'".

No entraban en la categoría de metáforas las relaciones de "padrino-ahijado", de "compadre" y de "padrino de casamiento" que los hacendados forzaban sobre la población dependiente por medio de la prohibición explícita de buscar padrinos fuera del fundo; ni la atribución unilateral de dar bendiciones, ni la de patrón generoso que regalaba bienes de consumo básicos que el "hijo" no podría adquirir con el paupérrimo pago que recibía por sus horas de trabajo en la hacienda o con el paupérrimo sobrante de bienes que podía producir en sus pequeños predios cedido por el hacendado a cambio de trabajo impago, ni la de patrón que tiene un calabozo y el poder absoluto de castigo.

Me pregunto si el concepto de "paternalismo" o "patriarcalismo" sirve para explicar esta relación de dominio de vidas y haciendas. Veamos. Si el concepto apunta a designar el proceso que fundamenta la sociedad humana o si designa relaciones patológicas que puedan surgir en cualquier sociedad, no sirve para describir una situación histórica particular como la que nos ocupa. El "paternalismo" no puede explicar la humillación de mujeres y hombres adultos de los que se pretende no solo que nunca pongan en duda el poder que otros tienen sobre ellos sino que nunca accedan a ese poder. Por más severo que sea el patriarcalismo romano o tallensi, o cualquier otro, nunca debe evitar que los hijos varones, o por lo menos un hijo varón, internalice las actitudes de control y poder del patriarca, porque de lo contrario esa sociedad no podría reproducirse socialmente. La autoridad del padre puede ser todo lo absoluta que se quiera, siempre y cuando no impida que la próxima generación reproduzca esa sociedad.

En cambio, en el complejo "hacienda tradicional", ese "padre" metafórico usa todos los recursos a su alcance para perpetuar la dependencia de la población rural, la dependencia de los que llama "hijos". Impide que los niños vayan a la escuela, "salva" del servicio militar a los jóvenes para no perder mano de obra, obliga al colono a comprar caro en su hacienda, ofreciendo generosas facilidades de endeudamiento, festeja carnavales y santos patronos en su patio para que no salgan, reparte castigos según su criterio, y es bueno mientras no se ponga furioso porque alguien hizo otra cosa que la que él ordenó.

El concepto de paternalismo también falla en el aspecto lingüístico. El hablante quechua llama a su padre "yaya", "tatay" o "papay", según las regiones lingüísticas.¹ El vocablo "taita" también designa el mismo sujeto, pero parece que está más relacionado con "progenitor" y en el uso común designa al "padrillo".² En cambio "yaya", "tatay" o "papay" tienen un significado más social como "jefe de familia", o designan a un sacerdote o apuntan a una paternidad muy respetada como "patriarca". Por otro lado, en quechua no se usan los términos castellanos "hija", "hijo" para los hijos directos, por lo que cabe preguntarse qué significado atribuye el oyente quechua a esos vocablos.

Más aún, la terminología quechua de parentesco puede designar con el mismo vocablo a distintas personas, sin por ello confundir el lugar de cada uno de ellos en la relación con el hablante, por ejemplo: en una terminología recogida en una zona muy cerca de Cuzco el vocablo "tatay" designa no solo a su "padre", sino al "hermano de su padre", al "hijo del hermano de

¹ Bolton y Mayer, *Andean Kinship and Marriage*. Publicación de la American Anthropological Association, núm. 7, 1977.

² J. Lira, *Diccionario Kkechuwa-Español*. Publicación núm. 369 de la Universidad Nacional de Túcumán, 1944.

su abuelo paterno” y al “hijo del hijo de su bisabuelo paterno”,³ y no porque use el mismo término tiene el hablante la misma actitud hacia el primero que hacia el último. El autor no solo no investiga en lo más mínimo este aspecto lingüístico, sino que nunca nos advierte si está traduciendo algunas entrevistas o si únicamente recogió material de hispanoparlantes lo cual, a mi juicio, sería una severa limitación del estudio.

El uso tan poco sutil de conceptos tan ambiguos como “patriarcalismo” y “paternalismo”, complica mucho más la lectura del apretado último capítulo (“Taita y tótem”), cuyo tema es entender y explicar el sacrificio y la ingestión del toro-padrillo. Otro de los problemas del capítulo es la falta de una descripción de la ceremonia, su personal, los papeles actuados, o un mínimo de material extraído de los ex colonos u otros participantes.

El autor se esfuerza en hacer la identificación “toro-tótem” para después inferir que el toro es el “símbolo sustitutivo totémico del padre” o hacendado. Para llegar a esto, y luego de un excelente resumen sobre los conceptos de símbolo y representaciones, pasa a seleccionar algunos elementos de la cosmovisión y del repertorio ritual-sacrificial del mundo quechua. Comienza con los *Wamani*, que son los espíritus que moran en las cumbres de las montañas, fuerzas protectoras, destructoras y propietarias de todo lo que vive en su área. Evidentemente, son fuerzas divinas hacia las que se tiene una expectativa ambivalente, se los venera, se los teme y se los necesita.

También dice —siguiendo a Arguedas— que en la hennaza o marcado de animales se sacrifican toros a los *wamani*, y que algunos informantes les dan a los *wamani* la apariencia de ricos hacendados montados en hermosos caballos. En su libro *Lines to the Mountain Gods*, Hadengham dice, entre otras cosas, que “frecuentemente se los imaginan como intrépidos señores, ricos y generosos e igualmente capaces de violencia y destrucción”, y tienen como ayudante a un felino cuya malevolencia se cierne sobre los pobres y los enfermos, nunca sobre sus servidores, brujos o gente rica.⁴ Anrup agrega que “los cerros eran habitáculo específico para los dioses tutelares de cada familia, de cada ayllu, de cada grupo humano [...] fuerzas protectoras en los que cada linaje depositaba una parte sustancial de su identidad”, y que los *wamani* también son llamados *taita urqu* (*urqu* = montaña, *taita* = padre, progenitor). No he podido confirmar con otros materiales esta relación de los *wamani* con los dioses tutelares de grupos humanos particulares. Pero de esta forma, el autor identifica a los *wamani* con el hacendado y a este con fuerzas tutelares de los diversos grupos humanos.

El dato sobre el sacrificio anual del toro a los *wamani* lleva al autor a explorar la simbología andina del toro. Nos dice que en tiempos poscolombinos el toro sustituyó la representación de la serpiente para una divinidad llamada Amaru, “serpiente mitológica incaica, dios de la fecundidad y el agua”, según el autor, aunque otros autores la relacionen menos con la fecundidad y más con las corrientes de aguas, los lagos, los canales, las avalanchas o las avenidas. Estas avenidas, que “siembran desolación y muerte”, son los atributos más relacionados con un toro furioso, pero en ninguna de las citas del autor el toro representa fecundidad. Lo cierto es que la identificación toro-fecundidad-fundador de linajes presente en otras culturas que el autor cita, parece que no cabe muy cómodamente en el mundo quechua.

De aquí, intentando juntar las piezas, el autor salta al mito totémico freudiano, para lo

³ Comunidad de Q'ero en “Kinship and Affinity in a Native Quechua Community”. Steven Webster, en *Andean Kinship and Marriage...*, cit.

⁴ E. Hadengham, *Lines to the Mountain Gods*, Nueva York, Random House, 1987, p. 248.

cual resume un párrafo de *Tótem y Tabú*. Aquí se manifiesta plenamente la tendencia del autor a forzar los conceptos para que quepan en sus planes identificatorios. Simplemente agrega, como si fuese una parte del resumen del párrafo freudiano, que los hijos devoraron al padre por miedo a que “el fantasma del muerto se vengara”,⁵ cuando Freud simplemente dice “tratándose de salvajes caníbales, era natural que devoraran al cadáver”.⁶

¿Por qué el autor desvirtúa el texto introduciendo la idea de fantasma vengador para justificar la antropofagia? Evidentemente, para poder relacionar al padre primigenio con el hacendado, ya que a continuación cita una tradición serrana sobre el “hacendado condenado” descrito como un fantasma, un monstruo amenazante que devora seres humanos, cuya monstruosidad es vista como una expiación por el incesto cometido cuando era hombre. Así, hacendado y padre primigenio están identificados por su voracidad y su incestuosa inclinación. Pero falta identificar al hacendado con el toro devorador, lo cual hace invocando el recurso de ver en las patologías individuales la memoria alucinada de la historia humana. Recuerda que las fobias animales infantiles pueden originarse en una identificación del animal objeto de la fobia con el padre del niño. Sin otro recurso, concluye: “los afectos vinculados con la relación padre-hacendado y sus runas (colonos) se desplazan al toro y mediante este recurso psíquico, el semental termina asumiendo la representación del hacendado”. Y se pregunta, otra vez, por las causas de la ingestión del toro. En esta ocasión, la respuesta es que la pérdida súbita de la simbólica figura del padre es una aflicción que no puede ser aceptada, no puede ser hablada; es el momento de crisis de la ambivalencia que deja a los ex colonos sin palabras, y la incorporación es el mecanismo puesto en acción por la fantasía inconsciente cuando esta no puede llenar la boca con el lenguaje. Lo reprimido —sigue el autor— adopta una representación concreta y corporal, de ahí la ingestión de aquello que secretamente fue identificado con el hacendado. De esta manera, el autor interpreta el sacrificio y la ingestión del toro-padrillo como un acto unitario que resuelve la contradicción entre la inercia de la ambivalencia, la pérdida del objeto y la presencia de una nueva situación.

No es mi intención objetar el uso de la teoría psicoanalítica para tratar el tema y dar una explicación al hecho histórico del sacrificio e ingestión de los mejores sementales que fueron una vez propiedad y orgullo del hacendado. Sin embargo, creo que pudo haberse buscado otra teoría más psicosocial como la de Girard en “la violencia y lo sagrado”. Así como pudo darnos más datos para confirmar el encadenamiento de teorías, mecanismos, mitos y ritos que tan apretadamente presenta.

Lo que objeto es que haya forzado los instrumentos intelectuales a tal grado que el mecanismo de exposición deja al lector con la impresión de que el último capítulo es una puesta en acción del mito de Procasto, aquel ente divino que ponía a la gente en una pequeña cama y cumplía su exigencia estética de cortar lo que no cabía en tan estrecha superficie. En este caso, la “superficie” no es la extensión física del libro o del capítulo, sino la necesidad de que cada mito, cada leyenda, cada acción y cada cita tenga la composición adecuada a fin de demostrar lo que el autor quería demostrar.

MARTHA BECHIS

⁵ Anrup dice: “Fue el deseo de liberarse de ese fantasma lo que impulsó a la destrucción total del tótem” (p. 223). Así, el autor confunde el padre primigenio con el tótem que lo sustituyó.

⁶ S. Freud, *Tótem y tabú*, Madrid, Editorial Alianza, 11ª edición, 1982.

Eric R. Wolf, *EUROPA Y LA GENTE SIN HISTORIA*, México, Fondo de Cultura Económica, Trad. de Agustín Bárcenas, 1987, 600 páginas.

El antropólogo Eric Wolf, bien conocido por sus estudios sobre el campesinado en el siglo XX, se propone aquí un arduo programa: ofrecer una visión de conjunto del mundo entre 1400 y 1914, desde el punto de vista de sus distintas formaciones sociales y de los múltiples contactos y conexiones que se han ido desarrollando entre ellas al ritmo del desarrollo mercantil y capitalista. Lo hace con ánimo polémico: quiere demostrar que no existen límites definidos entre las historias del mundo occidental y no occidental, que no los hay entre las élites cultas y las "gentes sin historia", ni tampoco entre los primitivos de las sociedades llamadas tradicionales y los trabajadores o pobres de las modernas. Finalmente, que las barreras establecidas entre disciplinas y enfoques son artificiosas y negativas, y que deben subsumirse en una perspectiva integradora.

Verdaderamente ambicioso, su propósito parece ir a contrapelo de las tendencias hoy más visibles en las ciencias sociales, y en particular del "posmodernismo": para Wolf, no hay dudas sobre la posibilidad de reconstruir la totalidad, ni necesidad de *insights* sobre "zonas", que no arriesguen sobre su sentido de conjunto. No hay crisis de los grandes relatos ni del sentido, sino, por el contrario, una vigorosa afirmación de la utilidad de los primeros y de la claridad del segundo. No hay tampoco crisis del marxismo, una corriente del pensamiento con la que se siente en condiciones de establecer un diálogo abierto y no dogmático, pero cuya fecundidad para captar vastos procesos utiliza ampliamente.

Su eje argumental son las *conexiones* existentes entre las distintas sociedades y culturas del mundo, y su importancia en la configuración de cada una de ellas. Esto ya era evidente antes de la expansión europea, como muestra en una visión panorámica inicial del mundo hacia 1400: no hay por entonces culturas aisladas, sino diferentes sociedades, adaptadas a climas y suelos diversos, con organizaciones más o menos complejas, desde las de parentesco simple a los vastos imperios, distribuidas desde el Lejano Oriente hasta América, todas ellas unidas por imperceptibles pero sólidas redes, de comercio, migración o conquista, por las que circula todo tipo de influencias, préstamos e imitaciones.

Estas conexiones se estrechan desde el siglo XV con la expansión de Europa, hasta entonces un remoto y poco importante confín de la masa continental euroasiática. Wolf traza un cuadro original de esos europeos lanzados a la "búsqueda de riquezas" por los cuatro confines del mundo: los conquistadores íberos en América, los traficantes de pieles en América de Norte, los comerciantes de esclavos en África y los portugueses, holandeses y británicos en Oriente. En todos los casos, una misma lógica —la búsqueda de ganancias a través de ventajas comerciales privilegiadas o monopólicas— se adecuó a cada una de las circunstancias locales y, a la vez, influyó de un modo singular en cada una de las sociedades que se integraban a la red comercial.

La Revolución Industrial y el capitalismo modifican el cuadro: no solo desarrollan e imponen el trabajo libre en Europa, sino que reestructuran en el mundo todas las formas de producción. Un rasgo central de esa expansión es la diferenciación, permanentemente reproducida, tanto en el interior del núcleo capitalista como en el conjunto de las regiones incorporadas al mercado mundial. El antiguo intercambio modifica su sentido y, vinculándose con el proceso de acumulación, se mete en la organización misma de la producción. Por exigencia del movimiento de mercancías, acelerado durante la Gran Depresión, se desarrollan formas de especialización regional, en las que las organizaciones sociales preexistentes se ven sometidas al

violento impacto de la modificación de las condiciones de producción y, muy a menudo, a fuertes cambios en la composición de la fuerza de trabajo.

El final de esta historia es, precisamente, la constitución hacia principios del siglo XX de un nuevo mundo de trabajadores: la clase obrera metropolitana y los trabajadores de enclaves mineros, plantaciones o haciendas del resto del mundo, en el que convergen los sujetos de una vieja historia con los supuestamente sin historia pero que, como se ha encargado de demostrar el autor, han sido en cada una de las fases de su existencia moldeados por esta red de conexiones finalmente incorporada al capitalismo.

Para lograr que este relato resulte consistente, Wolf se apoya en el conocimiento de un gran número de casos sobre los que investigó, una "biblioteca" y una teoría. El análisis pormenorizado y la comparación entre situaciones tan disímiles como las de África negra, el sudeste asiático, China, América del Norte o América hispana, constituye uno de los mayores atractivos del libro. La "biblioteca" con la que escribió esta ambiciosa obra —los libros que leyó— se describe en detalle y extensamente al final, y es digna de un estudio de historia intelectual. No es común que un autor se desnude y exponga cuáles han sido sus lecturas a lo largo de treinta años, con total despreocupación de modas actuales o "estados de la cuestión", poniendo en evidencia disparidades y desequilibrios, pero a la vez ilustrando con juicios agudos y trazando implícitamente un balance de lo perdurable.

Respecto de la teoría, discute con ardor con esquemas interpretativos en boga, particularmente con la distinción entre sociedades tradicionales y modernas —y esa suerte de filosofía de la historia que es la teoría de la modernización— y con la concepción —común en muchas escuelas antropológicas— de las culturas llamadas tradicionales o primitivas como microcosmos autorregulados y autojustificados, compactos y cerrados como bolas de billar. Frente a ellas, y en una perspectiva que une a Gramsci con Raymond Williams, mira las culturas desde el punto de vista de los procesos constitutivos de lo simbólico, de la heterogeneidad, fluidez e inestabilidad, y de la reconstitución de los elementos —la recurrente fragmentación e integración— por la vía de los contactos y conexiones. Para organizar el discurso unitario se apoya en Marx; todo su vasto universo se estructura en función de tres grandes modos de producción, que le sirven para organizar la evidencia, comparar y relacionar: el capitalista, el tributario (según la caracterización de Samir Amin) y el de parentesco. Se apoya en la idea de mercado mundial de Gunder Frank y de Wallerstein; destaca la sensibilidad de ambos para las conexiones e interrelaciones, pero marca su insuficiente conocimiento de lo que globalmente caracterizan como "periferia", que incluye sociedades muy diferentes, y muy diversificadas por el impacto del mercado. Sobre todo, discute con ellos —y con Max Weber— sobre la distinción entre comercio, mercado capitalista y modo de producción capitalista, retomando los puntos más clásicos de Marx y, sobre todo, las precisiones de Ernest Mandel.

A lo largo de la obra aparecen, naturalmente, muchas imperfecciones, baches e insuficiencias, en parte inherentes al carácter del libro y, en algunos casos, producto quizá de una elaboración insuficiente. Explica en forma pormenorizada cosas muy conocidas, como la Revolución Industrial (según la versión de Hobsbawm) o la relación entre la Gran Depresión y el Imperialismo (según la clásica explicación de Lenin o Dobb), lo que sin embargo parece inevitable en un libro de síntesis. En otros casos, soslaya o sobrevela cuestiones sobre las que la polémica es amplia, y en las que elige una postura —a menudo en forma bastante ecléctica— sin mencionar la discusión existente; tal el caso, claro para nosotros, de la discusión sobre la esclavitud en los Estados Unidos (donde combina a Fogel con Gutman), o la relación entre comercio y feudalismo.

Inversamente, resulta muy atractiva su síntesis de cuestiones menos conocidas —como la organización de la producción arrocera en el sudeste asiático, o los efectos del tráfico esclavista en el reino Kongo—, aunque naturalmente podemos preguntarnos si, leído en China o África, no resultaría igualmente esquemático (como a los argentinos nos lo resultan las diez únicas líneas que nos dedica, a propósito de nuestra ganadería). Hay, en suma, una tensión entre la amplitud del enfoque y la densidad de los tratamientos, un “vuelo de pájaro” que a veces se resuelve más descriptiva que analíticamente. Se descubre, finalmente, una cierta heterogeneidad de estilo narrativo —una yuxtaposición entre el relato, la descripción antropológica, la discusión teórica— como si Wolf no hubiera terminado de integrar en una forma única los distintos mundos académicos que quiere unir.

Pecata minuta compensada sin duda con análisis brillantes. En uno de ellos, sobre el efecto del comercio colonial en sociedades tributarias o de parentesco, revela lo mejor de su sensibilidad de antropólogo e historiador. En el caso de los traficantes de pieles de América del Norte y su relación con pueblos como los iroqueses o hurones, subraya las múltiples consecuencias de la permuta entre las pieles de castor, las armas y el alcohol y otros productos europeos, bajo la forma inicial de un intercambio equilibrado de “regalos”, que a la larga deriva en relaciones de subordinación de los indígenas frente a la factoría; en el ínterin, y como consecuencia de esa relación, se han constituido en esas sociedades de parentesco verdaderas “naciones”, con jefaturas estables, que tratan con los traficantes y son alineadas en sus conflictos, y se conformaron originales rituales que pueden servir tanto para integrar las “naciones” como para coordinar el intercambio de grupos competidores. Los ejemplos de este tipo se multiplican y le sirven a Wolf para mostrar la radical historicidad de los pueblos primitivos y las infinitas maneras en que las conexiones —y en este caso las establecidas a través del mercado— configuran lo que los antropólogos ingenuos han caracterizado como sociedades primitivas, tradicionales o sin historia.

Otro análisis sugerente es el dedicado a la conformación de la mano de obra en la economía capitalista a principios de este siglo. Dejando de lado la inquietud por lo que los trabajadores fueron antes —propia de los cultores de una ingeniería social preocupada por restablecer el equilibrio— o lo que deberían llegar a ser, característica de quienes se dedican a denunciar las desviaciones en la formación de una hipotética conciencia de clase, propone una visión más simple de lo que los trabajadores realmente eran por entonces, como producto de la integración del mercado capitalista. Sean culíes chinos en la costa oeste americana, colonos italianos en Brasil o Argentina, mineros *afrikaaners*, trabajadores industriales norteamericanos de origen polaco, asalariados negros de plantaciones tropicales, o campesinos arroceros birmanos; trátese de cuestiones como países centrales y periferia, migraciones internas e internacionales, formas de integración y segregación, particularismos étnicos y asimilación, diferenciación laboral y segmentación del mercado, todo es examinado desde la perspectiva común del mercado de trabajo capitalista. A partir de su lógica, y con la visión del antropólogo, puede estudiar las diferencias culturales específicas, consideradas como el producto de las tendencias de ese mercado único y no como una causa eficiente y previa a él.

En definitiva, ese cuadro global, ese proceso amplio y comprensivo, es el que, más allá de detalles, constituye el aporte, sin duda importante y valioso, de este libro, fruto de una tradición intelectual que hoy no está demasiado de moda pero que, afortunadamente, es capaz todavía de ofrecer productos como este.

LUIS ALBERTO ROMERO

Hugo Vezzetti, *FREUD EN BUENOS AIRES 1910-1939. Estudio preliminar y compilación de Hugo Vezzetti*. Buenos Aires, Puntosur, 1989, 302 páginas.

A los 50 años de la muerte de Freud, Vezzetti ha tenido la visión de recopilar un conjunto de trabajos sobre el psicoanálisis y su creador publicados en Buenos Aires durante las tres décadas anteriores a su desaparición. La importancia de la recopilación radica no solo en que la mayoría de las obras son poco conocidas y difíciles de ubicar en su versión original, sino también en que contradice una perspectiva usual sobre la “fundación” del psicoanálisis que la confunde con aquella de la Asociación Psicoanalítica Argentina, que tuvo lugar en 1942. El éxito indudable de esta última —su perdurabilidad, el impacto de su programa de entrenamiento y de sus publicaciones, la hegemonía que detentó durante tres décadas— oscurece a menudo la historia de sus antecedentes.

Dicho esto, es necesario agregar de inmediato que la lectura de la producción psicoanalítica argentina previa a 1942 —sobre todo si se excluye aquella de los fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina durante los años precedentes— solo amerita el interés de los historiadores de las ideas o de la sociedad. Esa literatura poco contribuyó al psicoanálisis argentino; ni qué decir a la bibliografía universal. En su gran mayoría, se trata de comentarios *sobre* Freud o el psicoanálisis —muy ocasionalmente de una producción psicoanalítica—, cabe señalar de inmediato las dos excepciones más importantes: la obra de Jorge Thénon y de Emilio Pizarro Crespo.

Las publicaciones de estos dos autores durante los años treinta se distinguen del conjunto por dos razones fundamentales. En primer lugar, ponen en claro que conocían bien la obra freudiana, lo que no es poco decir; en segundo lugar, porque incluyen casos clínicos tratados con la técnica psicoanalítica tal como se desarrollaba en Europa, con un retraso de pocos años. El contraste con el resto subraya la orientación profesional de sus autores, a pesar de carecer ambos de una formación psicoanalítica institucionalizada: eran en gran medida autodidactas, aunque ambos estuvieron en contacto con psicoanalistas “legítimos” durante sus viajes por Europa.

Se trata, sin embargo, de dos personajes muy diferentes, aun descontando el hecho de que Thénon sobrevivió a Pizarro Crespo por más de treinta años. Durante los años que nos ocupan, Thénon era una figura joven pero de resonancia nacional en el campo psiquiátrico, aunque su posición política le cerraba el camino a una carrera académica formal. Era el “psicoanalista” mejor conocido como tal en ese momento; a pesar de ello, ya comenzaba a negar esa identidad y se mostraba como un crítico, a veces severo, de la obra freudiana. Desde su posición de heredero de Aníbal Ponce en el Colegio Libre de Estudios Superiores, dictó por varios años las condiciones de entrada de Freud y del psicoanálisis a esa institución, fundamental en la cultura argentina periférica a la universidad desde 1930. Su influencia mayor tuvo lugar después, en la fundación de una corriente reflexológica de gran virulencia antipsicoanalítica en el clima intelectual de la guerra fría.

En cambio, Emilio Pizarro Crespo —que también se acercó al marxismo y a posturas de izquierda, aunque no consta que lo haya hecho desde el Partido Comunista— tuvo menor prominencia. Su tarea fundamental en las revistas médicas y en *Psicoterapia* —revista cordobesa de la cual fue secretario de redacción—, fue la difusión de la obra freudiana y de las novedades del movimiento psicoanalítico, aparte de su tarea clínica sobre la que también informaba con regularidad. Su muerte temprana —a los 39 años de edad— no justifica el olvido al que quedó relegado y del cual lo rescata Hugo Vezzetti.

Sin duda lo fundamental del volumen es el Estudio Preliminar de Vezzetti. El compilador se encarga allí de guiar con tino y claridad la lectura del material que compiló. Pero hace mucho más que eso: puntualiza hechos y ofrece interpretaciones originales sobre la historia del período. Una tesis fundamental del ensayo de Vezzetti es que la introducción del psicoanálisis en Buenos Aires se procesa dentro de la hegemonía que tiene en la Argentina el modelo médico-científico copiado del original francés. La primera verificación es que Freud es leído casi siempre en ese idioma no por falta de una versión castellana, que aparece en Madrid en 1922, sino por el peso que tienen la institución médica y la universidad francesas en Buenos Aires. Se trata de una limitación sin duda severa, ya que las instituciones psicoanalíticas llegan tarde a Francia y enfrentan dificultades enormes en el medio médico hasta los años sesenta, contrapartida de la difusión que tiene Freud en el medio artístico y literario que tanto rechazo provoca en el campo médico. La segunda verificación es precisamente que, a pesar de la curiosa debilidad de temas y enfoques ligados al psicoanálisis en la literatura o la pintura argentinas de la entreguerra, las instituciones médicas argentinas repiten paso a paso objeciones semejantes. El ejemplo más curioso es la crítica mordaz de Aníbal Ponce, reproducida por Vezzetti, escudada en una visión estrecha de la ciencia; la curiosidad del caso radica en la adopción de una óptica tan oficialista por alguien que en su medio eran tan crítico del *establishment* científico y político. Su postura, además, anticipa en alguna medida aquella de los marxistas franceses que tendrán tanta influencia sobre Thénon y Bermann.

El ensayo de Vezzetti es parte de un proyecto más amplio de indagación sobre la historia de las ideas e instituciones de la psicología del período. Más allá del interés particular en Freud y el psicoanálisis, merece una lectura cuidadosa que puede inspirar otras investigaciones sobre las profesiones, la universidad y la producción de conocimientos en el Buenos Aires de la entreguerra.

JORGE BALÁN

Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *EL NACIMIENTO DEL TERRISMO (1930-1933)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, tomo 1, 1989, 345 páginas., tomo 2, 1990, 224 páginas.

Hay una nueva historiografía uruguaya, resultado del sólido trabajo de un buen número de investigadores que, entre otras características, se destacan por una reflexiva incorporación de categorías y conceptos provenientes de varias ciencias sociales. Estos historiadores uruguayos trabajan con una formación adicional en sociología, ciencia política y economía, que les permite moverse con desenvoltura, eficacia y profesionalismo. En muchos casos, quizá resulte más adecuado decir que se trata de científicos sociales que investigan y reflexionan sobre la historia de Uruguay a partir de la teoría social (en el sentido de Anthony Giddens).

Historiadores ambos, Caetano y Jacob suman, respectivamente, una sólida formación en ciencia política y economía. Cada uno de ellos ha producido ya una respetable obra, tanto cuantitativa como cualitativamente, parte de la cual se ocupa del período precedente a la dictadura de Terra, es decir, el batllismo (sobre todo Caetano) y de la propia década de 1930 (especialmente Jacob). Esa dictadura es la ruptura del modelo político-social reformista que comenzó a gestarse después de la derrota de Aparicio Saravia, en 1904, y que terminó definiendo las

características identificatorias de la sociedad y del Estado uruguayos (primacía urbana, cosmopolitismo, legalismo, seguridad, hiperintegración social), esas que permitían una orgullosa identificación de un caso de “excepcionalidad nacional” en América Latina. Individualmente, Jacob había escrito antes *El Uruguay de Terra, 1931-1938* (Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1983), visión de conjunto (no exclusivamente económica, como en sus otros trabajos) de la década, mientras que Caetano se ocupó de analizar los componentes del orden simbólico batllista, su decadencia, cuestionamientos y parcial sustitución en el estimulante artículo “Del primer batllismo al terrismo: crisis simbólica y reconstrucción del imaginario colectivo” (en *Cuadernos del CLAEH*, Montevideo, año 14, núm. 49, agosto de 1989).

Jacob es investigador del Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo Uruguayo (CIEDUR), mientras Caetano lo es del Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), donde coproduce con ese otro investigador talentoso que es José Pedro Rilla. Y ambos son docentes e investigadores en el Departamento de Historia del Uruguay, de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República, en Montevideo, Departamento que dirige José Pedro Barrán. Precisamente en este espacio académico es donde los autores desarrollaron su investigación sobre la coyuntura que, a comienzos de la década de 1930, articuló crisis económica y crisis política y concluyó generando la dictadura civil de Gabriel Terra. Los resultados se exponen en el libro objeto de este comentario, *El nacimiento del terrismo (1930-1933)*, del cual han aparecido dos tomos y resta uno por editar.

Gabriel Terra, integrante de la corriente batllista del Partido Colorado, es elegido presidente de Uruguay en las elecciones del 30 de noviembre de 1930, asumiendo el cargo en marzo de 1931. Los comicios afirman la primacía colorada sobre el nacionalismo blanco —cuyo líder, Luis Alberto de Herrera, es el gran derrotado—, pero no logran despejar una situación de crisis de los partidos, caracterizada por la existencia de tensiones, enfrentamientos internos y cuestionamiento de liderazgos (tema que los autores analizan en el tomo 1, capítulo 10). Dentro del Partido Colorado, la muerte del gran conductor, José Batlle y Ordóñez, en 1929, potencia la división interna y las dificultades para armonizar las posiciones que expresan sus cuatro líneas, tres de ellas antibatllistas: el riverismo (Pedro Manini Ríos), conservador y anticolegialista; el sosismo (Julio María Sosa) y el vierismo (Feliciano Viera); el ballismo es la fracción mayoritaria, progresista, pero el avance de los sectores conservadores dentro del Partido le obligan a continuas negociaciones para enfrentar con éxito a los blancos, situación que se complica después de la muerte de “don Pepe” y la consiguiente crisis sucesoria; en 1931 aparece una quinta línea, la del Grupo Avanzar (Julio César Grauert), que será el ala izquierda del partido e incluirá definiciones doctrinarias provenientes del socialismo marxista.

En cuanto al Partido Nacional, en él coexisten cuatro sectores: el “caudillista” o “demócrata” (Herrera), mayoritario desde 1920, expresión del interior rural y de la burguesía agroexportadora; el “doctoral” (Lussich), conservador y elitista; el radicalismo blanco (Lorenzo Carnelli, Ricardo Paseyro), con posturas reformistas que doctrinariamente coinciden con el batllismo; la Agrupación Nacionalista Demócrata Social (Carlos Quijano, proveniente del grupo radical), con posturas antiimperialistas, defensa de la democracia política (antifascismo) y propuestas de democracia social encaminada hacia un futuro socialista.

Colorados y blancos reúnen alrededor del 90% de los votos, en sucesivos comicios con baja tasa de abstenciones (menos del 20%). El resto se lo reparten los llamados “partidos de ideas”: Socialista, Comunista y Unión Cívica.

En las elecciones de 1930, los colorados retienen la presidencia del país y logran seis cargos (contra tres de los blancos) en el Consejo Nacional de Administración, cuerpo colegia-

do que define, con el presidente, un Poder Ejecutivo bicéfalo. De los seis consejeros colorados, cuatro son batllistas. Los blancos controlan el Poder Legislativo y son mayoría en ambas Cámaras. Están dadas las condiciones para lo que hoy llamamos problemas de gobernabilidad, acentuados por lo que Caetano y Jacob llaman la gran incógnita que es Terra, un batllista heterodoxo, a menudo independiente y frecuentemente volcado en favor de la derecha del reformismo. Lo que parece significativo es que el nuevo presidente representa un nuevo tipo de político uruguayo: profesional de la política (larga carrera y permanencia en cargos públicos) con sólidos vínculos con los empresarios, un dato novedoso en un país donde el batllismo había consagrado una fuerte autonomía de la política y del Estado respecto de las clases económicamente dominantes.

Terra asume la presidencia en una situación caracterizada por cuatro grandes temas: los impactos en el país de la crisis económica del capitalismo de 1929, la crisis de los partidos políticos, las tendencias al “segundo impulso” del batllismo (expresión acuñada con anterioridad por Jacob y de uso ya consagrado), la ofensiva conservadora. El terrismo es el resultado de la combinación de esos cuatro componentes de la coyuntura, cuyo desenlace será el golpe del 31 de marzo de 1933, la “revolución marzista”, es decir, la instauración de la dictadura.

Gerardo Caetano y Raúl Jacob analizan meticulosamente el proceso que, entre 1930 y 1933, genera el terrismo, una expresión rupturista o de inflexión dentro de una tradición política dominada por el primer batllismo, que en las tres primeras décadas del siglo ha constituido un imaginario colectivo definido por el predominio de un orden simbólico democrático y reformista. El tomo 1 se divide en tres partes (El impacto de la crisis, Las respuestas de la crisis, El proceso político) y el 2, en dos (Confrontación, y Actores, escenarios y conflictos). En ambos se aprecia la fineza analítica de los autores, la capacidad de mostrar un entramado social en el que se unen continuidades y rupturas, fenómenos orgánicos o estructurales (de media y hasta de larga duración) y fenómenos coyunturales; algunos de estos son efectivamente ocasionales, mientras que otros aparecen para quedarse. Mérito de Gerardo Caetano y de Raúl Jacob es dibujar y pintar un cuadro en el que aparecen las luminosidades, las opacidades y los claroscuros de la sociedad uruguaya de la crisis de 1930, combinando las visiones de los protagonistas hacedores de ese presente con la de los investigadores que re-crean ese presente que hoy es pasado.

Particularmente destacable me parece el tratamiento de la cuestión de “los miedos conservadores” generados por la combinación de: a) los resultados electorales de 1930 que, en principio, implican la posibilidad del retorno del batllismo (cuyo *avancismo* había sido frenado en 1916 con el “alto de Viera”), tendencia que parece tomar cuerpo con la creación de la Administración Nacional de Combustible, Alcohol y Portland (ANCAP); b) los efectos de la crisis mundial en una economía agroexportadora dependiente, para cuya superación se proponen medidas que extienden la participación estatal en tal economía, tendencia que aparece con grandes posibilidades de imponerse después de c) el pacto de julio de 1931, firmado por los batllistas y los blancos antiherreristas o independientes (“pacto del chinchulín”), que “hacía crecer al Estado, pero también introducía reformas en su estructura” (tomo 1, pág. 114), al tiempo que “liberaba al batllismo del siempre costoso precio que había tenido que pagar por el apoyo del riverismo y de los ‘otros partidos’ colorados; y que abría la administración pública a los restantes partidos” (tomo 1, págs. 109-110).

La ofensiva conservadora (tomo 1, capítulo 12) comienza a desplegarse en 1930, a partir de la acción de sus sectores más radicalizados —el Comité de Vigilancia Económica y la Federación Rural—, y se consolida y profundiza en 1931, cuando ellos optan claramente por

una estrategia de confrontación. En ese sentido, Caetano y Jacob proponen una hipótesis convincente: “La profundización de la movilización conservadora y la radicalización de sus demandas ponían de manifiesto el giro que iba asumiendo el proceso político del país. Hoy podemos percibir con claridad lo que la mayoría —aunque no todos— de los contemporáneos de aquellos acontecimientos aún no podía registrar: lo que ocurriría en marzo de 1933 ya estaba perfilándose hacia fines de 1931” (tomo 1, pág. 262). El “miedo conservador” a una “revolución desde arriba” impulsada por un partido político policlasista, no por una clase social antagónica, se resuelve en una salida que combina la mediación corporativa con la partidaria: “En toda esta coyuntura del nacimiento del terrismo y del golpe de Estado de 1933, la iniciativa partiría de las organizaciones empresariales (allí radicaba la gran novedad respecto a 1916), pero quienes procesarían y protagonizarían en última instancia el desenlace del proceso serían una vez más los partidos, con todo lo que ello implicaba” (tomo 1, pág. 271). De allí surge la “nueva alianza político-gremial (la llamada ‘concordancia dictatorial’), que es una efectiva operación de cooptación del presidente batllista Gabriel Terra por las organizaciones de interés burguesas (un caso de “transformismo”), si bien es cierto que ella es “una relación alimentada en forma bilateral”, a cuya concreción contribuye el propio Terra, “un hombre de contacto fluido con las clases altas nacionales y con los inversionistas extranjeros, [...] intermediario en la contratación de empréstitos norteamericanos e ingleses [...], dirigente prominente de la Unión Industrial Uruguaya [...], vinculado con los sectores del agro y del comercio de exportación” (tomo 1, pág. 273).

La hipótesis del alumbramiento del terrismo se plantea en el capítulo 13 del tomo 1, y se construye sobre la base de la acción de captación de Terra por la burguesía conservadora uruguaya y el capital extranjero, sin dejar de incluir una cuota de habilidad del presidente “para hacer jugar también su carisma en clave popular”. La propuesta de Terra es simple: reforma constitucional, para sortear la crisis de gobernabilidad generada por la bicesfaldad del Ejecutivo, enfrentar el “peligro comunista” —argumento central para entender las acciones de febrero de 1932, que anticipan la solución dictatorial (tomo 2, capítulo 6)—, erradicar los “inmigrantes indeseables” (“agitadores comunistas” y competidores en el limitado mercado de fuerza de trabajo), establecer un gobierno “ágil y barato” que reemplace a la “politiquería” y a la “empleomanía” (tomo 1, pág. 288).

Jacob y Caetano muestran muy bien cómo, no obstante el éxito de la operación de “captura” de Terra, “la ofensiva conservadora de 1930 y 1931 había reflejado una vez más esos dos rasgos estructurales de nuestras clases dominantes: eficacia política para contrarrestar y bloquear el avance del reformismo, debilidad hegemónica para converger en la construcción de una nueva política estable. [...] El vacío hegemónico seguiría siendo ocupado por el Estado” (tomo 1, pág. 271; véase también, pág. 289). A su juicio, este fracaso es, en primer lugar, el de los ganaderos —en tanto sector más importante de las clases altas (expresión funcionalista disonante en el discurso de los autores), es decir, de la burguesía—, que se revelan inhábiles “en la tarea de convocar y reunir al conjunto de los sectores empresariales para dirigir la implementación de un nuevo modelo económico y social” (tomo 1, pág. 270).

El proceso se desarrolla con relativa velocidad: el Terra de marzo de 1932 ya no es el mismo Terra de marzo de 1931, al tiempo que comienza a parecerse al de marzo de 1933. En ese sentido, el “complot comunista” de febrero de 1932 es un hito fundamental, que muestra los realineamientos de posiciones: “la confluencia, desde posiciones cada vez más radicales, de herreristas y riveristas; el debilitamiento y la erosión de la coalición pactista de 1931, [que] se cimentaba en un batllismo cada vez más dividido y un nacionalismo oscilante y errático; la

marginación y automarginación de los partidos de izquierda, cada vez más debilitados y divididos. Dentro de este panorama, la evolución del protagonismo presidencial —cada vez menos disimulado y más ansioso— pasaba a constituirse de modo creciente en la clave de todo el proceso” (tomo 2, págs. 124-125).

En el terreno político, la nota dominante es la crisis en el sistema de partidos (tomo 2, capítulo 7), destacándose su “radical fragmentación” y la primacía de la ofensiva contra el batllismo. Ella es facilitada por la propia división de este entre los “netos” y los “terroristas”, cada vez más escindidos del viejo tronco y convertidos en un nuevo grupo partidario. No obstante, la situación no mengua la acción de los partidos; en todo caso, la resignifica: “Esta auténtica crisis de realineamiento no significa empero un desplazamiento de los partidos como actores centrales de todo el sistema político, algo que el epílogo de la coyuntura pregolpista se encargaría de confirmar con claridad” (tomo 2, págs. 138-139). Transacciones y pactos interpartidarios —frecuentísimos en la tradición política del país— contribuyen a la redefinición de los alineamientos, especialmente después de los acontecimientos de febrero de 1932: polarización entre dos grandes coaliciones rojiblancas: colorados batllistas y nacionalistas independientes (el “pacto del chinchulín”), por un lado; blancos herreristas y colorados riveristas (“el contubernio”), por el otro. La izquierda —socialistas reformistas y comunistas radicalizados— es marginal. En ese contexto, Terra, con su capacidad de iniciativa política, hace las veces de fiel de la balanza y quizás mejor de “bisagra de toda esta dinámica de realineamientos”. La clave para superar tal equilibrio parece encontrarse en la convocatoria a la “unión sagrada” contra el batllismo, calificado como “enemigo del pueblo”, “comunismo casero mucho más temible que el importado”, convocatoria que, nada raro, tiene en Herrera un principal abanderado (tomo 2, pág. 131).

Los autores dividen el proceso de génesis terrista en una secuencia que arranca con su alumbramiento en 1931 (tomo 1), continúa con “la consolidación de su protagonismo político y [...] la definición de sus planes golpistas” en 1932 (tomo 2) y culmina en el golpe de marzo de 1933 (tomo 3). El momento de definición (tomo 2, capítulo 10), se construye sobre la base de la convergencia de las acciones de Terra y sus colaboradores y de todo el espectro conservador del antibatllismo. A esa convergencia de acciones, no puede dejar de añadirse un componente personal nada desdeñable: “el propio temperamento de Terra”, personalista, espectacular, imprevisible, carismático. Así construye su perfil y su liderazgo. Una sucesión de hechos y acciones que lo tienen por protagonista contribuye a ese modelado: la ruptura temporal de relaciones diplomáticas con Argentina, motivada en incidentes más protocolares que genuinamente políticos; la creciente identificación con el papel de reformador de la constitución; la capacidad de articular, astuta y demagógicamente, demandas contradictorias, ampliando su base social; la aproximación a los militares, cuya oficialidad es antibatllista, preferentemente riverista, y anhela la reivindicación de la carrera y la profesión militares (desprestigiadas y hostigadas por la sociedad) y la realización de la unidad entre ejército y pueblo. El empuje de la alianza herrero-riverista (Luis A. de Herrera y Pedro Manini Ríos) termina por construir un trípode político, cuya tercera apoyatura será el terrismo, refinada operación que compromete al “Presidente de la República en una ‘alianza sagrada’ contra su propio partido”. La confluencia y la dialéctica de ambas perspectivas hace “desembocar el proceso de consolidación del terrismo en una dirección progresivamente golpista”, aunque el discurso terrista sigue “invocando y convocando al ciudadano” y mantiene “muchas referencias fundamentales del ideario democrático. El camino para apurar y legitimar el golpe de Estado era el enfático reclamo de un plebiscito popular no previsto en la Constitución” (tomo 2, págs. 178-180).

En noviembre de 1932 se vota para renovar parcialmente el Consejo Nacional de Administración y elegir senadores en seis departamentos. En el proceso preelectoral, el fenómeno más singular —evalúan los autores— es la intervención de la Federación Rural y del Comité de Vigilancia Económica: preconizan la abstención en la elección para consejeros y el voto en favor de candidatos no batllistas, en la de senadores. El abstencionismo es impulsado por el herrero-riverismo. Sus resultados son espectaculares: 62,75%. El escaso 37,25% de votantes otorga el triunfo a los colorados (67%), y dentro de ellos a los batllistas. En la renovación de senadores —donde no se convoca a la abstención—, los colorados obtienen cuatro bancas (tres, batllistas) y los blancos, dos. La suma de votos pone a los primeros ligeramente arriba.

“Los resultados electorales proyectaban a *grosso modo* un fuerte equilibrio entre los bloques antagónicos, a pesar del porcentaje relevante obtenido por la abstención”, confirmando así “el cuadro de bloqueos y empantanamiento dentro de un sistema político en crisis, aunque con fuertes indicadores de estabilidad y consistencia en algunos de sus agentes y estructuras más tradicionales. [...] Las elecciones entonces no habían contribuido a dirimir el pleito de fondo. Más bien, al no producirse un arbitraje electoral claro de toda la situación, el proceso político uruguayo parecía encaminarse hacia un drástico cambio de escenarios. Como veremos en el próximo tomo, el golpe de Estado estaba allí, al alcance mismo de la mano” (tomo 2, pág. 199).

Este comentario queda trunco, a la espera del anunciado volumen final. Mientras llega, sepa el lector que los dos ya publicados constituyen un trabajo excelente, muy bien escrito, meticoloso en los datos, cuidadoso en los juicios, sólido en las proposiciones. No me parece apresurado adelantar un calificativo de brillante análisis de coyuntura.

WALDO ANSALDI

César Teach, *SABATTINISMO Y PERONISMO. PARTIDOS POLÍTICOS EN CÓRDOBA. 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991, 287 páginas.

Cada nuevo estudio sobre la historia política de las provincias en el curso del siglo XX es necesariamente bienvenido, pues contribuye a llenar un abismo de ignorancia casi absoluta sobre el asunto. Además, esta investigación no solo realiza un prolijo repaso de la prensa cordobesa de la época, sino que también presenta documentos oficiales inéditos y de archivos privados, bienes rarísimos para los investigadores que buscan nuevas fuentes para adentrarse en la historia de nuestro siglo.

Las críticas a la investigación siempre son fáciles, y ya otros se han ensañado haciéndolas.¹ Solo se puede añadir que la lectura queda muchas veces trabada en el conflicto entre el autor “historiador” y el autor “científico social”, en el sentido de que el primero se ha humillado demasiado en buscar demostraciones al marco previo creado por el segundo. De manera que a veces los dos parecen andar por caminos diferentes, y el historiador se aventura en afirmaciones que su mismo trabajo no le permite respaldar concretamente.

Es lo que ocurre cuando se plantea en el libro una “nueva hipótesis para poder explicar

¹ Félix Luna, *Todo es historia*, núm. 289, julio de 1991, pp. 92-93.

el nacimiento de la Unión Democrática" (pág. 46). Desde mi punto de vista, el científico social, reduciendo pavorosamente el ángulo visual de la historia nacional, considera ese nacimiento "como una táctica defensiva que permitirá frenar [...] el ascenso de la corriente intransigente", de parte, por supuesto, de la unionista del radicalismo. Sin embargo, el historiador no consigue sustentar con muchas evidencias una hipótesis tan ambiciosa. De manera que uno se queda con la impresión de que aunque es legítima de por sí, esa hipótesis termina por reducir los procesos nacionales dentro de los límites del tema investigado, causando una exagerada deformación de la perspectiva global.

Sin embargo, lo más importante no es lo que no ha funcionado sino lo que sí se ha fundamentado en esta investigación. En principio, el mismo autor ha llegado a una conclusión general que es exactamente la negación de la premisa de la que había partido: "sabattinismo y peronismo fueron intentos, a la postre frustrados, de dar solución mediante fórmulas movimientistas a la crisis del sistema político", se lee en la página 20. De hecho, todo lo que del libro queda antes de concluir, o sea todo, no hace más que demostrar que "el sistema político" es más un afán del actual científico político que del sabattinismo y peronismo de aquel entonces. Para ellos —los dos, como justamente aclara Tcach—, el horizonte ideal cabía todo dentro de una definición excluyente de la "identidad nacional", con la cual ambos, por supuesto, se identificaban "naturalmente". O sea que el sistema político no existía ni siquiera como negación. Era un no valor. Imposible que se planteara el problema de solucionar su crisis...

Una vez insertas las aspiraciones políticas dentro del marco de una previa definición de la identidad nacional, no sorprende que al final se haya salido con la suya la Iglesia. Al acaparar el monopolio de la identidad nacional, principalmente en el concepto que de ella tenían los militares, la Iglesia había triunfado hace tiempo. A pesar de que Sabattini no quisiera enterarse, y Perón intentara modificar la realidad. Tan es así que, como bien hace notar el autor —sin sacar todas las conclusiones que se podían sacar—, los radicales unionistas vuelven a encontrarse con oídos atentos en la Curia y en los cuarteles cuando su programa había dicho adiós a todo lo que tuviera olor a laicismo (págs. 183-184). Es decir, cuando aceptaron la hegemonía católica sobre el concepto de "nacionalidad". No es casualidad que el viejo caudillo de Villa María, para quien la "nacionalidad" no era en nada diferente al "radicalismo", se haya quedado al margen del movimiento que derrocó a Perón.

Pero lo más interesante es tal vez lo estrictamente local. Por ejemplo, se da en el curso de la investigación una demostración del carácter conservador del peronismo cordobés. Efectivamente, se asistió en la provincia mediterránea a un intenso traslado de fuerzas de los viejos caudillos del Partido Demócrata a los rangos peronistas, así como un movimiento en la misma dirección proveniente de las organizaciones eclesíásticas. En este último aspecto, Tcach ha trazado un primer mapa de la confluencia de conservadores y católicos en el peronismo cordobés que sería interesante comparar con otros similares de diferentes provincias del interior. Tal vez, así como en el caso cordobés, se confirmaría en dimensiones insospechadas el origen "tradicional" de la clase política peronista, y aun más, la importancia del factor religioso como fundamento de su legitimación popular. En otras palabras, la de Tcach es una sugerencia llena de buen sentido, y que él mismo ha empezado a dilucidar, es decir que, "en la Argentina periférica, la debilidad de la clase obrera y la inexistencia de una masa de migrantes recientes 'en estado de disponibilidad', permiten mutar las claves de las interpretaciones clásicas y revisionistas para centrar la atención en el papel dominante de los factores tradicionales" (pág. 277).

Dos cosas más hay que añadir para brindar una imagen lo suficientemente fiel del conjunto de la investigación. Estas son: el papel de la Iglesia y la dinámica interna de los partidos

políticos, cuestiones entre ellas mucho más ligadas de lo que podría parecer. Tcach concentra la casi totalidad de su trabajo en reconstruir la dinámica política y organizativa interna del peronismo y del radicalismo cordobés. Eso permite demostrar, una vez más, la conducción verticalista, extremadamente arbitraria e instrumental, del partido peronista. A pesar de que el autor rescata un nivel de limitada participación en la vida del partido de parte de las Unidades Básicas, el conjunto que domina el cuadro es el conflicto por el control del poder entre una forma local de caudillismo y la intervención de turno enviada desde la Capital, y el triunfo de esta última. Basta ver cómo también en Córdoba estaba destinada a perecer, sin ni siquiera un grito, la corriente laborista. Para el peronismo el partido, en conclusión, no cumplía una función primaria en el ensanchamiento de la participación popular. Cuando sus funciones, ya después de la reelección de Perón, se multiplican hasta transformarlo en un órgano confundido con el Estado mismo, estalla con toda su virulencia el conflicto con la Iglesia. En este caso, la interpretación de Tcach, que con razón habla de una “ofensiva católica”, nacida para combatir una autonomización del peronismo de su tutela, es convincente a pesar de que son evidentes sus carencias de conocimiento sobre la trayectoria del pensamiento y del poder de la Iglesia en el país. Así, el conflicto entre Perón y la Iglesia está planteado en términos de conflicto de hegemónicas, las dos negadoras de un concepto pluralista de nacionalidad (págs. 236-237). En fin, la “patria católica” le ganó a la “patria peronista”, tal vez porque ésta sin ella perdía buena parte de su identidad. Sobre todo en el interior del país. Del lado del radicalismo se asiste en esos mismos años, por lo que resulta de la investigación sobre el caso cordobés, a una tremenda esterilización de su capacidad de hablar a la sociedad en su conjunto. La imagen que queda después de leer el aburrido entramado de las luchas internas para ocupar los cargos directivos del partido, es la de una profunda crisis de identidad del radicalismo, tanto cordobés como nacional. Es la imagen de un partido que gira sobre sí mismo, con su vertiente por largo tiempo dominante en esa década —la sabatinista— acuartelada en la defensa de una bandera, la de la “patria radical” con su teorema del “abstencionismo revolucionario”, que ya no tenía quién la levantara.

*En conclusión, el conflicto entre tantas “patrias” no dejaba ningún margen para la construcción de un “sistema político”. Por eso el autor insiste sobre el concepto de pasaje a una “oposición disruptiva” de parte de los diferentes actores políticos. Tcach llega así implícitamente a la conclusión de que los partidos políticos que él pone en el centro de su investigación están en realidad al margen del sistema de poderes. No es casualidad que su trabajo termine con una reseña de los acontecimientos del setiembre de 1955 en Córdoba, en los cuales los partidos se encuentran en el trasfondo de la escena: encolumnados en las movilizaciones católicas o delante de los cuarteles, en el caso del radicalismo, o descuartizados por la naturaleza del conflicto, en el caso del peronismo. Lo que sorprende es que Tcach hable de un nuevo acercamiento entre la Iglesia y las Fuerzas Armadas durante los últimos años de la década peronista. Por supuesto, se trataba de una alianza que recobraba trascendencia pública, pero que en realidad estaba consolidada desde la década anterior, y que de todas maneras se retenía como la única y verdadera encargada de definir “lo nacional”. Pero eso tampoco tenía que ver con el “sistema político”...

LORIS ZANATTA

Oscar Terán, NUESTROS AÑOS SESENTAS. LA FORMACIÓN DE LA NUEVA IZQUIERDA INTELLECTUAL EN LA ARGENTINA 1956-1966. Buenos Aires, Puntosur, 1991, 193 páginas.

El libro de Oscar Terán llena un hueco en la historiografía argentina, ya que si bien existen numerosos trabajos sobre el período 1955-1966, ninguno aporta una reconstrucción tan ajustada de las ideas que agitaron a ciertos grupos intelectuales de la época, aquellos que fueron constituyendo la franja contestataria de izquierda.

El autor cumple con lo prometido en la introducción: enhebrar el relato de diez años de ideas en el país. Pero, si bien se trata de una historia de las ideas, no por ello se limita al seguimiento más o menos cronológico de la evolución de corrientes del pensamiento. Oscar Terán plantea a sus intelectuales la misma y persistente pregunta acerca de las relaciones entre actividad intelectual y cuestiones políticosociales: el objeto principal de este libro es estudiar los caminos que llevaron a una progresiva politización del quehacer cultural.

Tomando como punto de partida la reflexión filosófica, elección que define en gran medida los sucesivos puntos de observación a lo largo de la década, Terán estudia las nuevas ideas que surgen en Argentina en el período abierto por la caída de Perón y que el golpe de 1966 cierra. Esta periodización establece, a la vez, dos hipótesis básicas. La primera, que dichas ideas no hubieran emergido, tal como lo hicieron, sin la Revolución Libertadora; la segunda, que los intelectuales estudiados habrían tomado quizás otro rumbo durante los años setenta, sin la ruptura política y cultural impuesta por la Revolución Argentina. Si la politización de las ideas fue un producto (entre otros factores) de la caída de Perón y de los problemas planteados por la interpretación del peronismo, la dominación de las ideas por la política, en la década posterior, fue el resultado del golpe de 1966. La parte más extensa del libro está esencialmente consagrada a ilustrar la primera afirmación, y los dos últimos capítulos a justificar la segunda.

Terán muestra a lo largo de la obra el avance de las cuestiones sociopolíticas en un medio intelectual heredero del espiritualismo liberal, que se va separando de lo que era la fracción hegemónica del pensamiento argentino. Esta, analizada fundamentalmente a través de la revista *Sur*, sufre sus principales desgarramientos debido a la evolución de figuras como Martínez Estrada y Sábato respecto del peronismo o a la revolución cubana; pero la atención de Terán está centrada en los debates que agitan a otra generación, la de Sebrelli, Verón, Massotta o Rozitchner, y que se expresan en revistas como *Contorno*, *Centro*, o *Cuestiones de Filosofía*; estos (junto con el grupo de Pasado y Presente) constituyen lo esencial de la "franja crítica de la cultura argentina". La centralidad de ese grupo explica en gran medida que la evolución del pensamiento esté fuertemente anudada alrededor del existencialismo como modo de pasaje al marxismo. Sartre ocupa así un lugar estratégico en el mapa intelectual argentino y, con él, el modelo del compromiso del intelectual. La revisión de la imagen del peronismo a partir de este modelo es, en este libro, la vía central, aunque no única, para el estudio de la evolución de la nueva izquierda y, en particular, para dar cuenta de la extensión del marxismo hacia mediados de la década. Esta elección, que otorga unidad y coherencia al estudio, tiene naturalmente su contrapartida en el registro menos rico de otra vertiente, igualmente incluida en el panorama estudiado: la de los intelectuales que Terán denomina, reproduciendo la manera como ellos mismos se denominan, "intelectuales orgánicos".

A los méritos de la reconstrucción de las ideas del grupo originalmente existencialista debe sumarse la constante referencia a la evolución de otras vertientes (Hernández Arregui por el nacionalismo, Eggers Lan por el cristianismo, Germani por las ciencias sociales) que, si no

reciben una atención comparable, le permiten a Terán trazar las grandes líneas de la transformación del pensamiento de la época. Cabe igualmente subrayar el inteligente uso de *Primera Plana* tanto como agente de modernización cultural cuanto de verificación de la presencia pública de ideas y de autores.

En lo que puede considerarse, desde cierto punto de vista, la primera parte del libro, esto es, la descripción del proceso de formación de la "franja contestataria" y de evolución de la "nueva izquierda", conviene, a mi juicio, destacar el análisis de dos tendencias mayores de la década. Por una parte, la que identifica el proceso de convergencia de distintas corrientes intelectuales hacia un humanismo optimista que otorga un papel central a la capacidad de transformación de lo social, pero sobre todo de lo político, que va eliminando o atenuando la importancia de las diversas versiones deterministas o espiritualistas vigentes anteriormente. Para dar cuenta de este proceso, el autor describe el papel desempeñado a lo largo de la década por acontecimientos e ideas nacionales tanto como internacionales, pero, sobre todo, subraya la importancia de la idea de Revolución al calor de la experiencia cubana.

Por la otra, Terán muestra las sucesivas fragmentaciones del campo letrado que, si tienen raíces en el impacto producido por acontecimientos políticos, aparecen esencialmente ligadas a las diversas formas que asume el proceso de modernización en Argentina. A partir de *Sur*, de la experiencia del Instituto Di Tella —y su relación con el teatro comprometido de la época—, de la doble cara, cultural y política, de *Primera Plana*, se analiza la manera como la modernización introdujo una cuña entre estética y política. Se trata, en verdad, de una serie de fracturas: la que desgarró internamente la fracción liberal, la que separa a esta, quitándole hegemonía, de los grupos de la izquierda contestataria y, en fin, la que disocia vanguardia estética y vanguardia política. La modernización de esos años en Argentina, tal como surge del riguroso análisis de Terán, fue ambigua y esa ambigüedad marcó todas las fracciones del espacio intelectual.

Al mostrar este doble proceso de unificación y de fragmentación, el proceso de politización de la intelectualidad no aparece de ningún modo como un desarrollo unilineal y obligado. El libro da cuenta de él pero, al mismo tiempo, identifica las tensiones que abrían otras posibilidades de evolución.

Terán se pone como objetivo una doble tarea, difícil: explicar los mecanismos que fueron adelgazando las fronteras entre prácticas intelectuales y prácticas políticas y postular al mismo tiempo, que el momento de disolución de la especificidad de las primeras y de predominio de las segundas no estaba inscrito en el proceso desencadenado por la caída del peronismo.

Se le ha reprochado, afirma en la introducción, haber hecho en versiones anteriores del libro una lectura guiada desde el futuro, "buscando la semilla de acontecimientos posteriores". Esos "acontecimientos posteriores", tal como puede inferirse de interrogantes deslizados en diferentes partes del texto, remiten sobre todo a la violencia de los años setenta. Ahora bien, si la generalización de la violencia en grupos políticos, de los cuales no estuvieron ausentes los intelectuales, es indudable, no lo es menos que el fenómeno fue doble. Dicho en forma resumida, puede separarse, analíticamente, el proceso de politización de la cultura en torno de la idea de la Revolución (y este es el objeto real analizado hasta 1966), de un objeto virtual, cuya ausencia, precisamente, se trata de verificar: la canibalización de la cultura por lo político junto con la opción efectiva por la guerra como manera de hacer política.

Esta digresión se justifica, a mi juicio, para entender cabalmente los últimos dos capítulos, que están entre los mejores del libro. Allí se propone la verificación de la hipótesis central

del trabajo: los dados no estaban echados antes del golpe de 1966 y, por el contrario, fue como consecuencia de las políticas de la Revolución Argentina que vastas capas de intelectuales negaron especificidad a la tarea intelectual.

En todo caso, se demuestra que las revistas *Pasado y Presente* y *Cuestiones de Filosofía* respetaban, hasta las vísperas de 1966, la legitimidad de la actividad intelectual. Terán está verificando, simétricamente, la ausencia de otra configuración, que se hará presente en los años siguientes. Esta doble verificación le permite concluir, entonces, que la intelectualidad crítica tenía otros caminos posibles, y que una creciente pasión política no produce necesariamente la sumisión de la cultura por la política y "la aparición de la figura del Guerrero".

Coherente con la estructura del texto, lo que Terán afirma y prueba es, en primer lugar, que después de 1955 lo social o lo político fue progresivamente alterando la pureza declamada por el espiritualismo liberal. En segundo lugar, que la pérdida de legitimidad de las prácticas culturales, para los intelectuales mismos, no fue "una fatalidad", sino el resultado de la política gubernamental a partir de 1966.

Estas conclusiones, sin embargo, tienen que ver casi exclusivamente con la relación entre política y cultura y, como tales, nada dicen sobre las vías elegidas luego para hacer política. Esta observación no es de ninguna manera un reproche a una eventual limitación del texto. Trata, en cambio, de establecer el plano o las preguntas específicas a las que el libro responde, que no son ni pocas ni banales. Es que la lectura, y diversos momentos de flexión interpretativa, deja adivinar o al menos suponer, que "la tragedia" no alude solo a un modo de desarrollo narrativo sino también a una tragedia histórica: y esta, a su vez, habla de algo más que de la negación de legitimidad a la teoría durante los años posteriores a 1966: remite, creo, a la manera particular de pensar y de hacer política que hace eclosión en esos años.

Terán no ha evitado, afortunadamente para sus lectores, el riesgo de una lectura retrospectiva, en tanto elige iluminar, entre tantos procesos que tuvieron lugar durante los años sesenta, el de la politización progresiva de la cultura. Hubiera sido quizás igualmente afortunado que intentara, de manera más explícita y estructurada, correr también el segundo: el análisis de las alteraciones en la representación de lo político. Hacerlo, sin embargo, suponía quizá conceptualizar diferentemente el golpe de 1966, o bien extender el período analizado de manera de incluir el Cordobazo y otros movimientos populares o, en fin y más seguramente, ambos.

Conviene, por último, en lo que hace a la hipótesis de Terán, hacer algunas observaciones históricas relacionadas con las características que se atribuyen al golpe del general Onganía y que dan cuenta de la importancia explicativa de esa ruptura política sobre las posiciones de los *intelectuales*. Terán nos habla del bloqueo tradicionalista, de la "invasión catastrófica del Estado sobre el campo intelectual a partir de 1966" y concluye, a propósito de la entrada de la policía en la Facultad de Ciencias Exactas,

fue para diversos componentes de dicha franja, la verificación cabal de que todos los caminos institucionales de la cultura se habían cerrado para siempre y que con ello era la autoidentidad misma del intelectual la que debía modificarse en un proceso en el cual la relación hasta entonces entablada desde la cultura hacia la política *tout court* el ámbito específico del quehacer intelectual.

Dada la importancia crucial atribuida por el autor a la Revolución Argentina en la evolución del pensamiento y prácticas de la "franja crítica", es pertinente, creo, hacer algunas observaciones al respecto. La primera tiene que ver con la interpretación del papel desempeñado por

el golpe de Onganía. Es cierto que el año 1966 (extendido, quizás, hasta 1968 o 1969) es un año de inflexión pero no hay que olvidar que en esos años lo es también, y naturalmente por otras razones, en otros lugares de América Latina. Fueron numerosos los intelectuales que comenzaron a enunciar, positivamente, una muy similar canibalización, lo que podría llevar a afirmar que, aunque no se hubiera producido el golpe de 1966, con las características que revisió, las nuevas configuraciones de política y cultura se hubieran hecho presentes también en Argentina. Esta observación no pretende anular, por el hecho de ser parte de un proceso más general, el estudio de lo sucedido en Argentina, sino, por el contrario, sugerir la conveniencia de un análisis más ajustado que introduzca aquello que fue específico.

En segundo lugar, cabe preguntarse por la naturaleza de esa canibalización. Es cierto y evidente que numerosos intelectuales proclaman la superioridad de la política sobre la cultura e identifican política con Revolución. Quien se propone estudiar ese proceso puede interrogarse, sin embargo, acerca de las prácticas reales del quehacer intelectual con el objeto de saber en qué medida ese enunciado —el discurso que los intelectuales hacen sobre sí mismos— está acompañado por una canibalización efectiva de las actividades culturales. Yo diría que en algunos casos sí y en algunos casos no. Y quizá la prudencia aconsejaría no tomar siempre como oro contante y sonante lo que los intelectuales dicen sobre sí mismos, considerándolo una correcta descripción de la relación entre la política y la cultura, lo cual, naturalmente, no hace sino desplazar, redefinido, el interrogante. Ya no se trataría de verificar la ausencia o presencia de esa canibalización en el discurso, sino de preguntarse por las razones que llevan a ciertos intelectuales a enunciar diferentes sistemas de prioridades.

En tercer lugar, y en este punto ya no se trata de problemas de método o tipo de enfoque, pueden hacerse observaciones que atañen a la interpretación misma del papel otorgado al golpe de 1966. Cabe, en efecto, preguntarse sobre la naturaleza y la magnitud real de lo que Terán llama invasión catastrófica de la cultura por parte del Estado. No es una precisión casual o de detalle, ya que concierne a la hipótesis básica del libro de Terán.

En este sentido, no es completamente evidente que esa invasión haya sido tan catastrófica; no cabe duda de que la intervención de las universidades nacionales implicó un sacudimiento muy grave, sobre todo entre los intelectuales cercanos a la Universidad o en aquellos que la querían según el modelo de la Reforma. Y es claro que fue, sí, catastrófica, para las llamadas "ciencias duras", pero estas no son el objeto del libro. Interesa recordar que inmediatamente después del golpe de junio se observa, fuera del Estado, de sus instituciones y de la Universidad, una dinámica de creación y de recreación de instituciones que permitió, por ejemplo en el área de humanidades y de ciencias sociales, una notable continuidad en el tipo de trabajo y una igualmente notable vida intelectual no sofocada ni sujeta a grandes censuras. Ni siquiera una de las instituciones que más irritaban al general Onganía —y a la que Terán concede una atención considerable en su estudio—, el Instituto Di Tella de Florida, parece haber sufrido en 1966 un bloqueo ni una disminución de su visibilidad pública; al contrario, prosiguió sus actividades a pesar de las intervenciones puntuales de la policía sobre algunos de sus *habitués*, alcanzando sus momentos de creatividad más recordables. Y verificaciones análogas pueden hacerse en otras áreas de la cultura.

Estas observaciones no intentan de ninguna manera afirmar que la política cultural del gobierno de la Revolución Argentina no tuvo ningún efecto, pero sí sugerir la conveniencia de especificar en qué sentido y en qué aspectos puede hablarse de un efecto catastrófico y de las consecuencias de los bloqueos tradicionalistas, de manera de sustentar la doble afirmación acerca del papel crucial del año 1966 y de la escena donde ese papel se desplegó, la cultura.

Podría entonces enriquecerse el análisis y justificarse más ajustadamente el corte temporal postulado, incluyendo las modificaciones que se produjeron en el espacio político y que desempeñaron un papel no desdeñable en la transformación de la autoidentidad del intelectual.

SILVIA SIGAL